


ROSA MÁRQUEZ y MARTA JAENES

¿CERRÓ USTED
LAS
PIERNAS?



Contra la cultura
de la violación

¿Cerró usted las piernas? —título que nace a partir de la pregunta que una jueza le hizo a una víctima de violación— es un ensayo periodístico fundamental y necesario para desmontar los mitos y falacias en los que se sustentan la violencia machista y la cultura de la violación. El corazón de la cuarta ola feminista es la lucha contra la violencia sexual. El movimiento #MeToo en Estados Unidos, el caso de La Manada en España, o el éxito internacional del himno de Lastesis, «Un violador en tu camino», han puesto el foco sobre esta grave injusticia y tragedia que sufren las mujeres en todo el mundo. Con alrededor de treinta testimonios, tanto de víctimas como de expertas —entre otras, la antropóloga Marcela Lagarde, la filósofa Ana de Miguel, las periodistas Lucía Lijtmaer o Cristina Fallarás, o las activistas de Femen y Lastesis—, Rosa Márquez y Marta Jaenes se adentran en las profundidades de la violencia machista analizando el tratamiento que le han dado el cine y el arte a las violaciones, el auge del neomachismo o el avance de la ultraderecha.

Un mundo sin violadores sería un mundo en el cual las mujeres se moverían libremente, sin temor a los hombres. El hecho de que algunos hombres violen significa una amenaza suficiente como para mantener a las mujeres en un permanente estado de intimidación.

SUSAN BROWNMILLER,
Contra nuestra voluntad, 1975

PRÓLOGO de Nuria Varela

¿Cerró usted las piernas? Contra la cultura de la violación es un libro que acierta desde el mismo título, y no porque este sea más o menos comercial, sino porque incide en dos aspectos fundamentales en torno a las agresiones sexuales. El primero: la culpabilización de las mujeres. «¿Cerró usted las piernas? ¿Cerró bien toda la parte de los órganos femeninos?», se atrevió a preguntar una jueza a una mujer violada. El subtítulo, también determinante, refleja el segundo aspecto: «Contra la cultura de la violación». Determinante para acabar con la normalización de las agresiones sexuales, esa cultura que ha generado el imaginario del deseo sexual sobre una mirada únicamente masculina, que asocia el deseo y el placer al poder y a la violencia, y que incluso pretende hacer pasar ese imaginario por universal: de «jolgorio» calificó el juez Ricardo González la violación perpetrada por La Manada. «Jolgorio» llamó González a lo que estaba sufriendo la joven mientras la violaban.

Rosa Márquez y Marta Jaenes abren el libro con una cita de Susan Brownmiller: «Un mundo sin violadores sería un mundo en el cual las mujeres se moverían libremente, sin temor a los hombres. El hecho de que algunos hombres violen significa una amenaza suficiente como para mantener a las mujeres en un permanente estado de intimidación». Brownmiller en su obra *Contra nuestra voluntad* arrancó la conceptualización de la cultura de la violación, que básicamente consiste en que todas las mujeres del mundo sabemos, desde que somos niñas, que nuestro

cuerpo no merece respeto y que, si llegamos a ser agredidas sexualmente, seremos nosotras las juzgadas: se pondrá en cuestión desde nuestro aspecto hasta la ropa que llevábamos, y por supuesto, nuestra reputación sexual. Sin embargo, ni los crímenes ni mucho menos lo que los hace posibles serán discutidos. Se acepta mediática, judicial y socialmente que estos crímenes forman parte de la condición normal de la vida de las mujeres. Recuperando el concepto de Giorgio Agamben de *nuda vida* para aplicarlo al relato que los medios hacen de las agresiones, incluso de los asesinatos de mujeres —que los medios hacen y la sociedad acepta implícitamente, nunca de manera verbalizada— Nerea Barjola señala que se trata de una vida, la de las mujeres agredidas, totalmente despojada de derechos. De ahí el poder de la cultura de la violación y de ahí la necesidad de «desmontarla», ya que es la fórmula más eficaz para el control de las mujeres.

¿Cerró usted las piernas? va recorriendo los hitos de los últimos años y, especialmente, cómo se va construyendo la ruptura del silencio. La ruptura del silencio de las mujeres es lo que está comenzando a desmontar la cultura de la violación, pero cuidado, porque el patriarcado siempre responde, y ahí está defendiendo lo indefendible para mantener ese imaginario intacto: las mujeres prostituidas y tratadas lo son por libre elección. Más de lo mismo, esa cultura del placer asociada al poder y al deseo masculino pretende con todas sus fuerzas convertirla en universal para hacer pasar todas las violaciones y agresiones sexuales por relaciones consentidas.

Demasiadas complicidades en esa cultura de la violación pero, probablemente, las más determinantes son la de la escuela —esa máquina de machismo inconsciente que continúa sin darse por aludida ante el aumento de la violencia entre las generaciones más jóvenes—, las del ámbito judicial —aún hoy, la lectura de buena parte de las sentencias es la lectura de un relato de terror— y las de los me-

dios de comunicación. Son los medios los que día tras día continúan tratando a las mujeres como objetos de la narración dejando patente el no-lugar de las mujeres en las noticias y transformando la información sobre las agresiones en acusaciones contra la demanda de las mujeres sobre su autonomía vital. De todo esto se ocupan las autoras en el tercer capítulo, «Ni putas ni puritanas», dando así un giro actual al clásico *Ni putas ni sumisas* de Fadela Amara.

El paralelismo no puede ser más acertado. En aquel libro, Amara dejó por escrito su potente acusación de cómo en las segundas generaciones de inmigrantes, en la moderna y laica Francia, las mujeres se veían obligadas a vivir las formas más arcaicas de sumisión y miedo. Amara describió con todo detalle que en las barriadas parisinas ni siquiera mandaban los padres o la tradición, sino una generación de hermanos mayores que organizaban violaciones contra las disidentes. Una vez más, en el corazón de la Europa actual, las violaciones se utilizaban para frenar las aspiraciones de vida libre y con derechos de las mujeres. Rosa Márquez y Marta Jaenes recogen ese guante para explicar cómo en 2018 un centenar de artistas e intelectuales francesas publicaron un manifiesto en *Le Monde* utilizando la acusación de puritanismo para acallar las exigencias del movimiento feminista y así frenar el auge del #MeToo. Es la estrategia habitual: cuando las demandas feministas calan en buena parte de la sociedad y se evidencia no solo que sus reivindicaciones son justas, sino que además son necesarias y urgentes, se busca rápidamente a mujeres que hagan el trabajo sucio, es decir, que se enfrenten a estas demandas para ganar un poco de tiempo.

El silencio. El silencio es el mandato patriarcal por excelencia. Durante siglos se mantuvo la expresa prohibición a las mujeres de tener conocimiento, leer, escribir, crear, hablar en público... Ese pacto de silencio forjado sobre el miedo de ellas, la violencia de ellos y la indiferencia de la mayoría había conseguido normalizar el abuso y el maltra-

to, generando, manteniendo y alimentando la cultura de la violación. Pero el silencio se ha roto. Ana Orantes, Malala, el movimiento #MeToo... Miles de voces de mujeres de todo el mundo lo están haciendo añicos con una fuerza desconocida hasta ahora. La obra de Rosa Márquez y Marta Jaenes se inserta en esa ruptura.

Es el fruto del buen trabajo que el feminismo lleva haciendo, sin descanso, los últimos tres siglos. Millones de mujeres han dicho «se acabó». Miles de mujeres han dejado de tener miedo y están dispuestas a hablar alto y claro en las redes sociales, frente a las cámaras y ante los tribunales. Miles de mujeres en todo el mundo sabemos que el silencio y la sumisión, lejos de protegernos, amparan a los perpetradores y alimentan la impunidad, gasolina de la violencia.

El patriarcado está nervioso porque sus crímenes se cuentan por millones en todo el mundo y ya no es posible esconderlos debajo de las alfombras. «Abrid ya las ventanas. Adentro las ventiscas y el aire se renueve», escribía Carmen Martín Gaité. El patriarcado está nervioso porque se enfrenta a un tsunami de verdad y hartazgo, de infinito cansancio, de asco e indignación, como van relatando Rosa Márquez y Marta Jaenes en este libro.

Ningún niño nace violador, ningún niño nace maltratador. ¿Qué es lo que consigue que tengamos violadores y maltratadores de trece y catorce años? Estoy segura de que si desmontamos la cultura de la violación, como proponen las autoras, encontraremos la respuesta.

INTRODUCCIÓN

El miedo a la violación es un temor con el que todas las mujeres convivimos desde niñas, y está implícito en la advertencia que nos hace nuestra madre antes de salir de casa: «Ten cuidado». No necesita añadir más palabras, sabemos a qué se refiere. El peligro se vuelve real al sentir la mirada de un desconocido que se masturba frente a nosotras en el vagón del metro, cada vez que escuchamos pasos a nuestra espalda en una calle desierta o cuando la televisión informa sobre aquella chica que desapareció hace unos meses y cuyo cadáver acaban de encontrar en un descampado. A diferencia de otras violencias, la sexual no distingue de razas o clases, puede afectar a cualquier mujer del mundo: desde niñas de las aldeas del norte de Nigeria hasta estudiantes de las universidades más elitistas de Estados Unidos, aunque las que tienen menos recursos siempre estarán en una situación más vulnerable. Pocos delitos causan tanto impacto social o ejercen tanto poder sobre un sector tan amplio de la población y, a su vez, siguen rodeados de infinidad de prejuicios y falsas creencias, quizá porque, como nos contó Bárbara Tardón cuando la entrevistamos, «aceptar que las mujeres son agredidas sexualmente o que conviven con el miedo latente a ser violadas supone una fractura social inasumible para la mayoría».

En nuestra imaginación, persiste una idea estereotipada que relaciona las agresiones con los desconocidos y la oscuridad. El cine, la literatura y los medios de comunicación han perpetuado el mito del violador como un extraño que

acecha a las mujeres por las esquinas al caer la noche, cuando, en realidad, ocho de cada diez violaciones son cometidas por alguien del entorno de la víctima. ¿Qué impulsa a estos hombres a agredir a sus parejas, a sus compañeras de trabajo o a sus familiares? ¿Cómo han podido gozar de impunidad durante tantos años personajes como Harvey Weinstein o Jeffrey Epstein, cuando sus abusos eran un secreto a voces? ¿Cómo influye en la perpetuación de esta violencia que la sexualidad femenina siga rodeada de tantos tabúes? A lo largo de las siguientes páginas, periodistas, juezas, psicólogas, abogadas, historiadoras y activistas, y también mujeres anónimas a través de sus experiencias personales, nos ayudarán a dar respuesta a estas preguntas y a desmontar los pilares simbólicos que aún sustentan la cultura de la violación.

CAPÍTULO 1: CALLADITA NO ESTÁS MÁS GUAPA

Era viernes y había quedado con unas amigas para salir. Fuimos a una discoteca a tomar algo y dentro nos dimos cuenta de que había un grupo de tíos que no dejaba de mirarnos. Una de las veces que fui a pedir a la barra, se me acercó uno de ellos y me dijo que si salíamos fuera; como yo fumaba, no me pareció mal plan. Me contó que tenía veintiún años, uno más que yo, que estaba estudiando en la universidad y que quería irse a trabajar fuera de España. Yo estaba a gusto hablando con él, así que cuando se me acabaron los cigarros, le pedí que me acompañara al coche porque allí tenía otro paquete de tabaco. Al abrir la puerta para cogerlo de la guantera, noté que me agarraba muy fuerte con el brazo y, en cuestión de segundos, estaba metida en la parte de atrás. Me costó reaccionar, no supe ver la gravedad de lo que estaba ocurriendo y, muy sorprendida, le pregunté qué hacía. Él no dejaba de manosearme. Le había cambiado la cara, tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas, las venas del cuello y de las manos hinchadas, y me clavaba las uñas hasta hacerme sangre. Intenté quitármelo de encima, lo empujé con las piernas, pero fue imposible porque él tenía mucha más fuerza. Se comportaba de una manera tan violenta que pensé que me iba a matar y me iba a dejar allí tirada. Solo quería que acabara cuanto antes.

Cuando terminó, se fue como si no hubiera pasado nada. Yo cogí el móvil, pero tenía un ataque de ansiedad y no

podía ni hablar. Mis amigas, que llevaban un buen rato buscándome, me encontraron llorando desnuda entre los asientos del coche y llamaron a la policía. Enseguida llegaron varios coches patrulla. Con la descripción de una de mis amigas no les costó mucho encontrarlo para detenerlo: había vuelto a la discoteca y estaba hablando y bebiendo con su grupo. Yo estaba en *shock*, apenas podía respirar, pero esa misma noche tuve que ir a declarar a comisaría y después al hospital. Me llevaron a una sala en la que había cuatro o cinco médicos que me tomaron muestras y me cortaron las uñas para extraer restos de ADN. Me pedían que cambiara de postura continuamente, más cerca, más lejos..., querían hacer fotografías de las heridas y de los moratones que me había dejado por todo el cuerpo. Algunos tenían la forma exacta de sus dedos. Yo me sentía muy incómoda, me acababan de violar y solo quería estar tranquila. Fue agotador, pero lo peor vendría después. Cada vez que me miraba en un espejo, veía las marcas y volvía a derrumbarme. No salía de casa, no soportaba que nadie me abrazara y tampoco quería que nadie se enterase de lo que me había pasado. Me ponía a llorar delante de la gente y decía que mi abuela estaba a punto de morir para justificarme. Tampoco se lo conté a ningún familiar, a excepción de mis padres, ni a ninguna de las parejas que he tenido después. Durante meses tuve la sensación de que todo el mundo me miraba cuando iba por la calle. Llegué a tener tal estrés postraumático que hasta veía a un hombre con gabardina y sombrero persiguiéndome. La terapia me demostró que no existía, que solo estaba en mi imaginación, pero durante mucho tiempo estuve aterrada.

Antes del juicio, que tardó más de dos años en celebrarse, me hicieron un análisis psicológico. Me habían avisado de que me sentiría presionada, pero fue mucho más horrible de lo que imaginaba. Las psicólogas llegaron a preguntarme: «En tu declaración, dijiste que te habías dado un par de besos con el acusado. ¿Por qué luego no querías

acostarte con él? ¿Por qué te lo llevaste entonces a tu coche?». Durante el proceso, a pesar de todas las pruebas que había en su contra, pusieron mi testimonio en tela de juicio hasta el punto de que hubo momentos en los que pensé que finalmente lo absolverían. Yo declaré detrás de un biombo, pero a una de mis amigas, que fue como testigo, la metieron en la misma sala de espera que a él. Según me dijo después, él estuvo todo el tiempo riéndose con su madre. Cuando el juez le dio la última palabra para defenderse, dijo que no entendía por qué estaba allí si aquella ni siquiera había sido su relación sexual más «fuerte». Lo condenaron a seis años de cárcel y a nueve de alejamiento.

P.

La violación de sanfermines: Un caso histórico para el feminismo

El 7 de julio de 2016, las principales televisiones del país abrieron sus informativos con la noticia de una violación grupal a una chica de dieciocho años durante la fiesta de los sanfermines. La policía detuvo aquel mismo día a los sospechosos: cinco jóvenes sevillanos que se hacían llamar «La Manada» en un grupo de WhatsApp. Así bautizaron aquel caso al que los medios de comunicación españoles dedicarían una cobertura sin precedentes durante los siguientes tres años.

La identidad de los detenidos no tardó en hacerse pública. Tenían entre veinticuatro y veintisiete años y entre ellos había un militar y un guardia civil. Habían alardeado de la agresión en el chat del grupo: «Follándonos a una entre los cinco. Puta pasada de viaje. Hay vídeo». Aunque nunca llegó a filtrarse, el vídeo se convirtió en uno de los más buscados en las páginas porno de internet.

El sumario acabó en las redacciones de canales de televisión y periódicos que, con el pretexto de informar, fueron publicando nuevos detalles del caso, incluidas las declaraciones de la víctima a la policía en las que relataba todos los pormenores de la violación. Pero donde de verdad el caso tuvo una repercusión sin precedentes fue en las calles. La primera protesta se convocó aquel mismo día frente al ayuntamiento de Pamplona. Le seguirían muchas otras en la Audiencia Provincial y, en los sucesivos meses, ante al Ministerio de Justicia de Madrid, en los juzgados de Bilbao, en la Delegación del Gobierno de Valencia... Cada vez más y más mujeres fueron uniendo sus voces en un grito colectivo que resonó por todo el país. «Tranquila, hermana, aquí está tu manada» y «Yo sí te creo» fueron los lemas más re-

petidos. Las manifestantes mostraron así su solidaridad con la víctima, pero también su enfado con un sistema judicial que seguía sin creer a las mujeres. El hecho de que el tribunal aceptara como prueba el informe de un detective privado que espía las redes sociales de la denunciante causó un gran rechazo y se llegó a tildar a los jueces de «cómplices de los agresores».

Aunque la verdadera indignación llegaría con la sentencia. La Audiencia de Navarra rebajó la condena que pedía la Fiscalía para los acusados de agresión sexual a abuso con prevalimiento al considerar que no medió violencia ni intimidación, pese a que la forma en la que se describieron los hechos sugiere lo contrario:

Es inocultable que la denunciante se encontró repentinamente en el lugar recóndito y angosto descrito, con una sola salida, rodeada por cinco varones, de edades muy superiores y fuerte complexión; al percibir esta atmósfera se sintió impresionada y sin capacidad de reacción [...] sintió un intenso agobio y desasosiego que le produjo estupor y le hizo adoptar una actitud de sometimiento y pasividad, determinándola a hacer lo que los procesados le decían que hiciera, manteniendo la mayor parte del tiempo los ojos cerrados [...] La denunciante, en estos dos vídeos, está agazapada, acorralada contra la pared por dos de los procesados y expresó gritos que reflejaban dolor.

Uno de los tres magistrados, Ricardo González, emitió un voto particular pidiendo la absolución de los detenidos al considerar que solo se trató de una «cruda y desinhibida relación sexual» que se desarrolló en un «ambiente de jolgorio». Recibió duras críticas, incluyendo la del ministro de Justicia del PP, Rafael Catalá, lo que provocó que algunas asociaciones de jueces y fiscales pidieran la dimisión del político por considerar que se estaba entrometiendo en las competencias del Poder Judicial. En cualquier caso, la resolución no convenció a ninguna de las partes y fue recurrida

ante el Tribunal Supremo, que finalmente elevó la condena a quince años al considerar los hechos como un delito de agresión sexual continuada. «Ha sido un paradigma de la denominada justicia patriarcal y ha reflejado la brecha que estaba abierta entre la justicia y la sociedad y concretamente entre la justicia y el movimiento feminista. Catharine MacKinnon^[1] venía a decir que el problema de la justicia era que el significado de una violación lo aportaba la mujer y el tratamiento jurídico lo aportaba el hombre, el derecho masculino. Yo creo que esta frase condensa todo lo que representó el caso de los sanfermines», explica la magistrada y fundadora de la Asociación de Mujeres Juezas de España, Lucía Avilés.

Sin embargo, pese al revuelo mediático y a la contundente reacción en las calles, el caso no era algo excepcional en términos estadísticos. Durante la misma semana de fiestas, el Ayuntamiento de Pamplona había contabilizado otras cinco agresiones sexuales y once casos de abuso. Hasta 2013, los tocamientos a mujeres por parte de la multitud formaban parte del ambiente festivo de los sanfermines. Ese año, alguien desplegó una ikurriña gigante frente al ayuntamiento y el chupinazo se tuvo que retrasar casi veinte minutos. Durante ese tiempo, las cámaras de televisión y los fotógrafos se entretuvieron enfocando la plaza y captaron una escena muy repetida: una mujer se levantaba la camiseta, casi siempre empapada en vino, y una avalancha de hombres se lanzaba a manosearle los pechos. Las imágenes dieron la vuelta al mundo. «Estamos aquí por las tetas», confesaba a cámara un grupo de turistas ingleses.

Tanto el Gobierno del PP como la oposición del PSOE, que nunca suelen ponerse de acuerdo en nada, coincidieron en calificar aquellas escenas de inaceptables y se mostraron preocupados por que el trato vejatorio a las mujeres pudiera ensuciar la imagen de los sanfermines en el extranjero. Las feministas venían denunciándolo desde hacía tiempo por otras razones: bajo el pretexto del alcohol y la